

Alejandro Burgos *

**Entre balas y consignas:
crónica de una voz reprimida**

“Cuando un pueblo sale a la calle a protestar en medio de una pandemia, es porque el gobierno es más peligroso que el virus”. Esta cruda y contundente frase fue expresada por unx manifestante durante una marcha en Bogotá en medio del estallido social en abril de 2021 en Colombia, la protesta social más grande en el territorio desde la década de 1940. Las manifestaciones fueron convocadas inicialmente para protestar contra la reforma tributaria, pero esta era solo el punto de partida, ya que sus causas eran estructurales, profundas, complejas y multifactoriales, arraigadas al complejo contexto histórico, político y socioeconómico de Colombia. Heridas históricas que han situado al país entre los que tienen mayores índices de criminalidad y uno de los más desiguales del mundo, cuyas secuelas permean diferentes tiempos, lugares, cuerpos y experiencias.

En el año en que se desencadenaron las protestas, el 42,5% de la población vivía por debajo del umbral de la pobreza y 3,6 millones de habitantes ingresaron a ella a causa de la pandemia. En abril de 2021, Colombia contaba con 2,8 millones de casos positivos y más de 72.000 personas fallecidas a causa del COVID-19. El desarrollo de las manifestaciones tuvo lugar durante esta emergencia sanitaria, siendo una de las causas del incremento de la tasa de contagios en el país. A pesar de ello, la gente salió a las calles para alzar su voz y luchar por sus derechos fundamentales: la salud, la educación, la libertad de expresión, la autodeterminación, la autonomía y la vida.

28 de abril de 2021

La neblina de la madrugada envolvía en un manto las calles de Bogotá y cubría el óleo azabache del cielo. Andrés se levantó de su cama a las 4:35 de la mañana, tras el molesto sonido del despertador que retumbaba superpuesto a la vigilia indeseada. Estaba desvelado porque pasó toda la noche leyendo en redes sociales miles de comentarios que expresaban rabia, incertidumbre y preocupación por las medidas tomadas por el presidente Iván Duque respecto a la reforma fiscal, los índices de pobreza y la cifra de contagios del COVID-19. Se paró de la cama y se dirigió a la cocina a recalentar el café trasnochado y reposado del día anterior. Giró la llave de la ducha hacia la izquierda y empezaron a caer pequeñas gotas heladas sobre sus poros. Salió, se puso unos jeans, una camiseta negra y unos tenis blancos destartalados. Tomó un sorbo de café y el caliente líquido quemó sus papilas rosáceas. Se dirigió al estudio y sacó de una bolsa un cartón que había servido para traer el televisor que le había sido heredado por su mamá. Cortó un pedazo y escribió en él: “Si la pandemia no me mata, el hambre lo hará”. Luego, salió de casa despidiéndose escuetamente de su hermana menor. ¿Para dónde vas tan temprano, Andrés? A liberarme, dijo.

En medio de los destellos del alba que dibujaban sus pasos, brotaba una convicción enérgica y vehemente, como el compás de unas tambores en su pecho y las ráfagas de vientos huracanados. Caminó unos cuantos metros y se encontró con el murmullo de las palabras reprimidas en la estación de buses. Las caras aún aletargadas, pero ansiosas por despertar, aguardaban en una atmósfera tensa y cargada de desasosiego. En el articulado rojo, perdía su mirada en el horizonte. Su movimiento y distorsión en el paisaje eran catalizadoras para recorrer trincados escenarios fatalistas. Pasaron los minutos y la ciudad se desplegaba ante él como un lienzo lleno de contrastes, cuerpos y consignas. La marea humana alrededor del bus imposibilitaba que prosiguiera su camino. La sinfonía de voces, reivindicaciones, historias, recorridos, pancartas y expresiones se entrelazaron en unidades heterogéneas que formaban una corriente, un movimiento y una estela sonora. Andrés se sumergió en la colectividad y se unió a la multitud que se dirigía a la plaza central de la ciudad. En el aire se respiraba la indignación y el descontento de miles de personas que marchaban pacíficamente por las calles. El asfalto sentía el peso de sus pasos y la energía rebelde que irradiaban. El miedo ya no gobernaba las mentes-cuerpos de lxs intrépidxs y resueltxs caminantes, a pesar de que la amenaza era doble: el ser microscópico que desafiaba a la humanidad y el terrorismo de estado. Súbitamente el pacífico panorama se vio irrumpido por la imponente presencia de 5.000 agentes de policía, caracterizadxs como sombras que se alzaban intimidantemente. La tensión surgió entre el estrépito de los ríos desbordados de voces y el silencio de un escuadrón de centinelas blindados. El Escuadrón Móvil Antidisturbios (ESMAD) avanzaba con pasos feroces en dirección hacia la multitud. Sus ojos ocultos tras las máscaras de policarbonato reflejaban una cruda insensibilidad y apatía. En cuestión de minutos, la represión y la brutalidad se apoderaron del lugar. Un vendaval de balas de goma se dirigía sin cesar hacia los cuerpos y ojos de lxs manifestantes. Los gases lacrimógenos, como espectros asfixiantes les arrebataban el aliento de tenacidad y esperanza. En medio del desconcierto, Andrés, con la experiencia adquirida en encuentros pasados con el ESMAD y los efectos del bromuro de bencilo, cubrió su rostro con un paño humedecido con bicarbonato de sodio para aminorar los síntomas que produce esta sustancia. «Tome, compa, esto le ayudará», le susurró a unx compañerx que marchaba a su lado. Algunxs comenzaron a hacer barricadas y repartir cascos para protegerse, mientras que otrxs encapuchadxs resistían a las agresiones de la fuerza pública con piedras y cócteles molotov. Personas inconscientes con heridas en las piernas y en el pecho yacían en el piso entre la humareda y el estruendo de las aturdidoras. Cuerpos sangrantes corrían con las marcas de dolor impresas en sus rostros, intentando huir de la opresión funesta. La jornada que había iniciado de manera pacífica, poco a poco se fue tiñendo de caos. Incluso el sol ocultó su rostro en las nubes espumadas para no contemplar tal barbarie. Andrés percibía que la contención de las fuerzas represivas era diferente a veces anteriores. La falta de piedad en sus acciones desfiguraba cualquier valor por la vida. «Repleguémonos. Estxs hijueputxs están entrando a matar», vociferó con fervor. Lxs defensorxs de Derechos Humanos se interpusieron como escudos humanos entre la multitud y las fuerzas del orden, procurando apaciguar la ferocidad bélica. Sin embargo, recibieron como contestación empujones y golpes de bolillos. Este lugar era un campo de batalla, un espacio inhóspito y

hóstil. Periodistas, reporterxs y manifestantes documentaban lo que estaba aconteciendo. La resistencia de lxs manifestantes no cesaba y las redes sociales se nutrían de imágenes y videos de la represión, obteniendo la solidaridad de la opinión pública que expresaba su desacuerdo con el accionar del ESMAD y demandándole garantías al gobierno. Andrés y lxs demás manifestantes, exhaustxs por la espiral de violencia, pero valerosxs, no cedían ante la adversidad. «El pueblo no se rinde carajo» cantaban con ímpetu. Usando escudos artesanales e improvisados hechos de metal, se protegían de las balas de goma y de pintura que usaba la fuerza policial para marcar a lxs participantes de la marcha y luego increparlxs horas después en escenarios más pacíficos. Los mitos urbanos dicen que aquellxs marcadx nunca aparecen después. Minutos después, en un instante fatídico, Andrés es impactado por una lacrimógena en la cabeza. El golpe lo abatió, y permaneció inmóvil y gravemente herido en el piso. La sangre se desparramaba abundantemente. Rápidamente algunxs personas a su alrededor se acercaron a auxiliarlo. El silencio era abrumador, como si la cacofonía del lugar se hubiera desvanecido para atender su destino. Entre lágrimas y gritos ahogados de desesperación, unas manos intentaban detener el sangrado. Su aliento se desvanecía poco a poco, mientras la vida se encaminaba hacia otros rincones y planos existenciales. Cerró sus ojos y tras un haz de luz se reencontró con su madre. Un arma del Estado silenció su voz, pero avivó la de miles más.

Organizaciones civiles y de Derechos Humanos registraron que, durante el estallido social del 2021 en Colombia, más de 80 almas fueron asesinadas, en su mayoría jóvenes estudiantes y trabajadorxs entre los 17 y los 26 años.

* 1995, Colombia. Vivió la pandemia en Vechta, Niedersachsen (Alemania).